

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE PROBLEMAS FRONTERIZOS Y RELACIONES CON LOS APACHES, DURANTE EL GOBIERNO DE JACOBO DE LIGARTE EN LAS PROVINCIAS INTERNAS

JESÚS M^ª PORRO GUTIÉRREZ
Universidad de Valladolid

En la segunda mitad del siglo XVIII, uno de los problemas más repetitivos y con mayor repercusión en el ámbito del virreinato de Nueva España, fue el del casi permanente estado de guerra en los territorios septentrionales, especialmente en las zonas limítrofes de la expansión hispana, como consecuencia de los frecuentes asaltos e incursiones de indios hostiles, siendo los apaches los más empeñados y significativos enemigos de los españoles.

Vamos a centrar nuestra atención en este famoso grupo indígena y en la repercusión política de su continua presencia en el septentrión de Nueva España para, a continuación, esbozar la situación planteada durante el gobierno de Jacobo de Ugarte y Loyola en las Provincias Internas, incidiendo en su línea política de utilización de la vía diplomática y asentamiento progresivo del mayor número posible de grupos, con vistas al fortalecimiento y la normalización de la amplia zona fronteriza, exponiendo por último el planteamiento y análisis de algunos episodios concretos provocados por diversas parcialidades de apaches.

Desde los primeros tiempos de la expansión española hacia el norte del virreinato mexicano, una vez rebasada la línea imaginaria que uniría Culiacán y el Pánuco, la realidad física y antropológica que observaron los peninsulares distaba mucho de la supuesta uniformidad del territorio chichimeca y de sus habitantes bárbaros. Tras el peculiar periplo de Fray Marcos de Niza, cuya imaginación provocó una fuerte sugestión entre los españoles, y el intento fracasado de Melchor Díaz y Juan de Zaldívar, los primeros testimonios fiables sobre las remotas tierras del norte los tenemos en la expedición de Vázquez de Coronado a la búsqueda de Cíbola. En ese momento, los aventureros conseguían un

¹ Sobre el particular vid. George HAMMOND y Agapito REY: *Narratives of the Coronado expedition, 1540-1542*. Alburquerque. 1940; Herbert BOLTON: *Coronado on the silver trail*;

prístino contacto, vago y difuso, con el complejo cultural de la Gran Chichimeca, rico en peculiaridades locales y variantes lingüísticas (las ramas tano, hopi, zuñi y queres de los denominados indios pueblo)². Pero aquellos grupos pueblo, sedentarios y portadores de un notable grado de civilización, no eran los famosos y belicosos bárbaros chichimecas. Fue precisamente Hernando de Alvarado -enviado por Coronado a explorar territorios por la vía de Levante- quien, en las llanuras que preceden al Llano Estacado, contempló las nutridísimas manadas de bisontes, encontrando a los primeros grupos de nómadas apaches, a los cuales los pueblos llamaban querechos³. El propio Vázquez de Coronado, al observar la inmensidad del Llano Estacado, mostró su asombro ante las manadas de bisontes y los indios querechos, describiéndolos así: "no siembran y comen la carne cruda y beben la sangre de las vacas que matan; éstos adoban los cueros de las vacas de que en esta tierra se viste toda la gente della; tienen pavellones de cueros de vacas, adobados y ensevados, muy bien hechos, donde se meten, y andan tras las vacas mudándose con ellos; tienen perros que cargan en que llevan sus tiendas y palos y menudencias; es la gente más bien dispuesta que yo he visto en Indias"⁴.

En los años siguientes Francisco de Ibarra potenció, con los primeros asentamientos, la expansión en Nueva Vizcaya, extendiendo la frontera hacia el valle del río Conchos. Así, tras las expediciones de Chamiscado-fray Agustín, Espejo-fray Bernardino, Castaño de Sosa y Leiva de Bonilla-Humaña, a finales del siglo XVI, la acción expansiva se encauzó hacia Nuevo México y la línea fronteriza avanzó rápidamente hacia el norte; en paralelo, las noticias sobre los nómadas chichimecas aumentaban progresivamente y los querechos comenzaban a ser conoci-

Knight of pueblos and plains. Nueva York-Albuquerque. 1.949; Alfonso TRUEBA: *Las 7 ciudades*. Expedición de Francisco Vázquez de Coronado. México. 1955.

Vid. al respecto Charles DI PESO: *Las sociedades no nucleares de Norteamérica: la Gran Chichimeca*. Vol.nº7 de la Hª General de América del IPGH. Caracas. 1983.

3 El capitán Jaramillo, que participó en la expedición, dejó un relato sobre la jornada; vid. su relación sobre la tierra nueva y el descubrimiento de Cibola en *Colección de Documentos Inéditos relativos al Descubrimiento, Conquista y Organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía* (en lo sucesivo *CoDoln América*) tomo XIV. Madrid. 1. 870. En la p.310 describe así a los querechos "Vivían sin casas, sino con unos palos arrimados que traen consigo para hacer en los puestos que se mudan unas como cabañas que les sirven de casa, los cuales palos atan por arriba juntos y de abajo los arriendran cercándolos con unos cueros de vaca que ellos traen...todo su menester humano es de las vacas, porque dellas comen y visten y calzan; son hombres que se mudan aquí y allí, donde mejor les parece".

4 Vid. la carta de Coronado al Emperador relatando la jornada de Quivira; en *CoDoln América*; tomo XIII; 1.870; PP.261-268.

dos por los españoles⁵. En 1595 acometió Juan de Oñate una ambiciosa empresa; la conquista y población de la franja septentrional que llamaron Nuevo México⁶, labor que completó en la primera década del siglo XVII con diversos reconocimientos hacia Oriente (en busca de la mítica Quivira) y hacia el Pacífico, a través de Arizona. Con ello, la frontera se estabilizó durante largo tiempo, pues el dominio español sobre la nueva provincia fue más teórico que real, destacando sobre todo la labor misional.

Pasemos pues a exponer cuál era la realidad cotidiana de los territorios limítrofes del septentrión de Nueva España, en la segunda mitad del siglo XVIII. En aquellas inmensas superficies se habían ido asentando lentamente los colonos españoles, a lo largo de casi dos centurias, de tal forma que heredaron y compartieron con las diversas poblaciones indígenas sedentarias, el problema de la hostilidad provocada por las correrías cíclicas de los grupos nómadas; se trataba del antiguo azote de los legendarios chichimecas, masa heterogénea de difícil clasificación etnográfica que, con el paso del tiempo, fue sustituida por la acción de los advenedizos apaches, quienes -en palabras de Navarro-ya a comienzos del siglo XV habían arruinado una maravillosa cultura de base agrícola en la cuenca del río Gila⁷.

En las primeras décadas del siglo XVII ya hubo contactos entre españoles y apaches -de hecho los primeros encuentros fueron amistosos-, pero fue la asimilación del caballo por parte de este grupo indígena, mediada la centuria, el factor que alteró el estatus vigente en el amplio ámbito fronterizo, de tal manera que, a principios del siglo XVIII, ante el empuje de los apaches, retrocedieron las otras gentilidades indígenas que habían assolado ranchos, haciendas, minas y pueblos. Entonces comenzaron a generalizarse las hostilidades, pues con el contacto directo con los españoles, las opciones de los apaches para conseguir lucrativos botines se multiplicaron: a la posibilidad de obtener maíz, se unía ahora la de otras semillas, ganado ovino y vacuno, y sobre todo caballos. Así pues, según avanzaba la centuria se produjo un recrudescimiento de los asaltos y, a las consecuencias negativas de índole económica y de seguridad de la población y estabilidad del territorio, se unía ahora una de tipo ideológico, pues para los españoles sólo había dos tipos de indios: sumisos e insumisos (que tendían a identificar con cristianos y gentiles)

5 Los hombres de Chamiscado también observaron a los querechos en los llanos de la zona oriental de Nuevo México. Vid. Testimonio sobre el descubrimiento... que pidió fray Agustín Rodríguez, en *CoDoIn América*; tomo XV; 1971; pp.80-150; vid.pp.85,86,92 y 93.

6 Sobre el particular vid. Luis NAVARRO GARCÍA: *La Conquista de Nuevo México*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid. 1.978.

7 Luis NAVARRO GARCÍA: *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de Nueva España*. E.E.H.A. Sevilla. 1.964; vid.p.24.

y, evidentemente, los apaches entraban en esta segunda categoría. Por ello y, debido a sus depredaciones, se les aplicó una "guerra justa" de forma implacable y fueron objeto de una leyenda negativa.

La progresión española en los territorios septentrionales de México fue realmente lenta, condicionada no sólo por la resistencia indígena, sino sobre todo por la escasa afluencia de población hispana a las zonas limítrofes, pues -como señala Navarro- sufrían la ausencia general del clásico motor de la frontera: los yacimientos mineros⁸. A comienzos del siglo XVIII y, a lo largo de toda la centuria, el concepto de frontera era realmente difuso, pues tal realidad no respondía a unos patrones clásicos, válidos para una mentalidad europea; la frontera no consistía en una línea fija, rígidamente establecida; tampoco venía determinada por una topografía claramente determinante (ríos, montes, desiertos, etc); asimismo, la idea de enemigo no era algo inamovible: no se trataba del individuo sedentarizado, establecido y fácilmente localizable en un sitio concreto. Los núcleos de población de los ámbitos fronterizos tampoco estaban claramente delimitados, pues los indígenas, asentados en rancherías, convivían con los españoles, mestizos y mulatos que se aventuraban hacia el norte (dándose una pintoresca mezcla de agricultores, vaqueros, religiosos, militares y exploradores). Sin embargo, sí podemos establecer una valoración aproximada en lo tocante al límite de los territorios hispanos, teniendo en cuenta que el avance español "se ve frenado casi definitivamente a las puertas de la cuenca del Gila, en el tramo medio del Grande, y en la región de la Laguna y la línea del Conchos"⁹. Realmente el origen de las hostilidades en la frontera, con los continuos problemas desencadenados, tuvo su antecedente más remoto en el asentamiento de los españoles en Nuevo México, que fue adquiriendo caracteres endémicos al perfilarse lentamente, de este a oeste, la mencionada frontera.

En 1.725 había 22 presidios, con un total de 905 hombres para asegurar la frontera, efectivos evidentemente insuficientes para un ámbito tan dilatado. Poco a poco los apaches incrementaron sus correrías: en 1.731 multiplicaron sus ataques en Texas, sufriendo sus hostilidades las misiones de San Antonio y las localidades del camino de Río Grande. Pese a algunos esperanzadores triunfos hispanos (la campaña de Toribio de Urrutia de 1.745, que obligó a tres grupos de otras tantas gentilidades diferentes a pedir la paz en 1.749, asentándose en ambas

⁸ Luis NAVARRO GARCÍA; "El norte de Nueva España como problema político en el siglo XVIII". *Estudios Americanos* (Sevilla); n.º 103 (1.960); pp.15-31; señala en p.15 que dichos yacimientos "en todo el norte se mostraron, cuando ricos en ley, cortos de vida". Respecto a la frontera, vid.P. GERHARD; *The Northern Frontier of New Spain*. Princeton. 1.982.

⁹ NAVARRO: *El Norte de Nueva España...*(8); p.17.

márgenes del Río Grande¹⁰), a mediados de la centuria la presión apache sobre los establecimientos fronterizos se incrementó notablemente, prolongándose hasta bien entrado el siglo XIX -heredando dicha coyuntura primero los mexicanos y después los estadounidenses- y poniendo a prueba la solidez de la ocupación española en el septentrión de Nueva España. Durante aquellos años, el único acercamiento posible se producía en las ferias y mercados, pero por otra parte, esos contactos provocaban, a veces, fricciones que desembocaban en abiertas hostilidades", debido fundamentalmente a los recelos entre unos y otros, y a sus mentalidades diferentes, siendo un círculo difícil de romper.

Un suceso que, en principio, pasó desapercibido para los españoles, contribuyó a aumentar la mencionada presión sobre los establecimientos septentrionales: el empuje arrollador de una tribu procedente de las praderas internas, los comanches, que ensombrecieron la hasta entonces indiscutible hegemonía de los apaches en Nuevo México y Texas. Portadores de un estadio cultural inferior al de los apaches (que se habían iniciado tímidamente en la sedentarización y la agricultura, tras más de tres siglos de contacto con los pueblos y algo menos con los españoles), numerosos y más fieros que ellos, habían adquirido armas de fuego tras su contacto con los traficantes franceses. La superioridad de los comanches forzó a los grupos orientales de apaches a replegarse hacia los ríos Pecos y Grande; así, mientras los primeros presionaban al norte de Nuevo México y Texas, los segundos se agolpaban a lo largo de la frontera oriental de las posesiones españolas; consecuentemente, los asaltos sobre las poblaciones y estancias pasaron a ser episodios cotidianos, pues desplazados de sus cazaderos de bisontes, se lanzaban los apaches sobre los rebaños de Nuevo México, Texas, e incluso más al sur, hacia Sonora y Nueva Vizcaya. Las antiguas parcialidades apaches que antaño ocuparon regiones muy distantes en Nuevo México, se habían concentrado en El Paso; en el norte, los jicarillas cedieron a utes y comanches el control del territorio, intentando establecerse junto a los navajos; cuando los comanches llegaron al río Canadian, los faraones se vieron obligados a bajar a Albuquerque, situándose los palomas y cuartelejos junto al Pecos; por último, algunos apaches cruzaron el Río Grande, asentándose en el Bolsón de Mapimí¹². Así pues, la distribución tradicional de los grupos hasta entonces imperante se había alterado bruscamente y, al detentar los aguerridos y feroces comanches el beneficio exclusivo del tráfico de armas de fuego con los establecimientos

¹⁰ Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez...*(7); p.100.

¹¹ Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez...*(7); p. 25.

¹² Para todos los movimientos indígenas vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez... (7)*; pp. 103- 107.

franceses del Mississippi, los apaches, víctimas de una fuerte presión, se lanzaron vigorosamente hacia las líneas españolas; la frecuencia e intensidad de sus asaltos creó una atmósfera de terror en las provincias fronterizas; en Nuevo México, Sonora y Nueva Vizcaya, fueron abandonadas algunas extensiones de terreno; además, los apaches comenzaron a penetrar profundamente hacia el sur, siguiendo las cuevas y barrancas de la Sierra Madre, sobresaltando continuamente a pimas, ópatas y tarahumaras, asaltando ranchos y haciendas -caballos y reses eran su botín preferido-, y provocando una notable sensación de inseguridad en los caminos¹³.

Ante la situación tan inestable de las Provincias Internas, el visitador general José de Gálvez debía proceder a una reorganización del territorio. Como primera medida, el marqués de Rubí, integrante de la misión militar del general Villalba, fue destinado para visitar los presidios fronterizos y proponer las reformas convenientes, labor que cumplió entre marzo de 1.766 y febrero de 1.768. Rubí era partidario de una coordinación de todos los presidios frente a los asaltos apaches; pensaba en una línea defensiva simplista, que abarcaría desde la costa de Sonora hasta la de Texas, dejando como enclaves avanzados el núcleo de San Antonio y el más amplio de Nuevo México; pretendía fortalecer la frontera natural del Río Grande, en la parte oriental, por ser el territorio más débil y hostilizado de las Provincias Internas. Gálvez difería en su planteamiento, pues reducía el problema fronterizo a Sonora y Nueva Vizcaya, que debían ser pacificadas y reforzadas con vistas a una conexión con California; para los restantes territorios bastaría -pensaba- un cordón de poblaciones semi-militares en la línea visitada por Rubí. Finalmente, adoptaría Gálvez una posición intermedia, que sería plasmada en el reglamento de presidios del Virrey Croix de 1.770, posteriormente sancionado por Carlos III¹⁴. El proyecto definitivo para la creación de la Comandancia General de las Provincias Internas fue sancionado por Gálvez y Croix en enero de 1.768, con la idea de vigilar los movimientos de los rusos en la costa noroeste, contener las incursiones de los apaches e impulsar la penetración española hacia el interior. Por R.O. de agosto de 1.769 el plan fue sancionado. El límite entre la Comandancia General y el Virreinato abarcaría el Sur de Sinaloa, Durango y Coahuila, y el extremo oriental de ésta hasta pasado el Río Grande y cortando el Nueces¹⁵.

¹³ Para una visión general del problema, vid. NAVARRO: *El Norte de Nueva España...*(8).

¹⁴ Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez...*(7) y *El Norte de Nueva España...*(8); pp. 135-136 y 21-23 respectivamente.

¹⁵ Para las cuestiones administrativas vid. Luis NAVARRO GARCÍA: "La Gobernación y Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de Nueva España". *Revista del Instituto de Hª del Derecho Ricardo Levene* (Buenos Aires); n°14 (1.963); pp. 118-151.

Una vez ideado el proyecto de reforma para la defensa y modernización de las Provincias Internas, había que encarar el problema más difícil para su concreción: evitar la hostilidad de los apaches, deseo que para los más pesimistas o extremistas sólo podría lograrse con su eliminación física, si bien algunos altos funcionarios y militares eran partidarios de utilizar la negociación y la diplomacia. Desafortunadamente, la belicosa actitud de estos indios no invitaba al optimismo, pues la situación en Nueva Vizcaya era hartamente delicada: la provincia, muy vulnerable, fue asolada por las continuas incursiones de jicarillas, natagees y gileños que, tras arrasarse el sur de Nuevo México, irrumpían más allá de Chihuahua¹⁶.

¿Quiénes eran los apaches, cuál su modo de vida y qué conocimiento de ellos tenían los españoles? Integrantes de la gran familia Nadene y del grupo lingüístico atapasco, descendían de un tronco común de emigrantes del norte (en torno al lago Athabasca, en Canadá) y los diversos grupos apaches fueron desgajándose y estableciéndose en amplias zonas del suroeste, deambulando por Arizona, Nuevo México y la parte occidental de Texas. Cuando llegaron los españoles, había cerca de doce tribus apaches, estrechamente emparentadas entre sí; por aquel tiempo ya arrasaban aldeas y pueblos de indios agricultores, pero al adquirir caballos y algunas armas de fuego se volvieron más rapaces. Todos los apaches manifestaron una marcada tendencia al nomadismo, agudizada desde finales del siglo XVII, cuando se convirtieron en excelentes jinetes. Los grupos principales eran los jicarillas", que vivían en la región montañosa septentrional de Nuevo México, los mezcaleros asentados en el ángulo sur cercano a Texas y los chihuahuas, la facción más numerosa que habitaba en las montañas del sureste de Arizona, dirigiendo desde allí sus ataques a Sonora, Chihuahua, el río Colorado, los territorios navajo y hopi, y el oeste de Texas¹⁸. Jicarillas y mezcaleros habitaban en tipis cuando emprendían una expedición a las llanuras, pero en las montañas utilizaban cabañas de paja. Todos los apaches practicaban escasamente la agricultura, pues vivían ante todo de las plantas silvestres, las semillas y la caza.

16 NAVARRO: *Don José de Gálvez... (7)*, p. 213, expone que entre 1.748 y 1771 la hostilidad de los apaches en Nueva Vizcaya había provocado algo más de 4.000 muertos.

17 Los españoles les dieron ese nombre debido a su costumbre de elaborar cestas pequeñas de excelente calidad. Vid Edward CURTIS: *Los beduinos de América*. Vol. n.º 1 de *El indio norteamericano*. Ed. Olañeta, Palma-Barcelona. 1.993; pp.79-80.

18 Había otros grupos menores: lipanes, faraones, cibecúes, mimbrenos, tontos, mohaves, montaña blanca, de San Carlos, gileños, coyoteros, arivaipas, etc. Sobre el particular vid. Clark WISSLER: *Los indios de los Estados Unidos de América*. El. Paic;ós. Barcelona. 1.993; pp.254 y 267-270. Vid. también Max MOORHEAD: *The Apache Frontier*. Norman. 1.968.

La más antigua descripción formal conocida sobre los apaches es la de fray Alonso de Benavides, custodio de la provincia de Nuevo México, de 1.630; en ella explicaba que la nación apache tenía más gente y estaba más extendida que cualquier otro grupo indígena; sus integrantes "eran gente muy briosa y belicosa y muy ardidosos en la guerra"¹⁹; hablaban una misma lengua con ligeras variantes y "no vivían en poblados ni casas, sino en tiendas y rancherías, que mudaban con frecuencia de un lugar a otro de la sierra, según el rumbo que tomaban en la caza de los animales que necesitaban para su sustento ... algunas veces sembraban maíz y otras semillas alrededor de las tiendas". Su vestido consistía en pieles de venado curtidas y adobadas, y en cuanto a sus costumbres, adoraban al sol y practicaban la poligamia, no toleraban el adulterio, obedecían a sus mayores y se jactaban de no mentir²⁰. Pedro Rivera, visitador del Septentrión de Nueva España entre 1.724 y 1.728, alude a los indios que "vagaban la tierra": cazadores nómadas que disputaban las subsistencias a los ya "medio reducidos"; cuando los españoles penetraban al interior se encontraban con aquellos indios "gentiles", de los cuales sólo tenían vagas noticias. Mencionaba Rivera a los enemigos de los indios cristianizados de Nuevo México: faraones, natagees, gilias, mezcaleros, coninas, cuartereros, palomas, jicarillas, yuras y moquinos; la mayor parte de esos grupos -casi todos apaches- guerreaban también con los indios pacíficos de Nueva Vizcaya y Texas, por la caza y el territorio²¹. Bernardo de Gálvez, quien combatió contra los apaches en 1.769 y 1770, escribió una "Noticia y reflexiones sobre la guerra que se tiene con los indios apaches en las provincias de Nueva España", describiendo sus principales características: exponía que el apache era sano, duro y austero; apreciaba ante todo la valentía y la fidelidad, siendo tan vengativo como agradecido y de corazón sensible; era también muy ligero, condicionado por su modo de vida y su hábitat en sierras ásperas y fragosas; muy desconfiado y vigilante, cambiaba de lugar de acampada continuamente; su resistencia al hambre y la sed eran admirables, sin sufrir apenas merma en sus fuerzas²². El Teniente Coronel Antonio Cordero y Bustamante, veterano de las compañías presidenciales y las guerras contra los indios, hablaba la lengua apache e identificó por sus nombres a nueve grupos, señalando sus variantes en

19 La apreciación coincide con la opinión de CURTIS 17, p.43: El apache primitivo era un nómada auténtico, un hijo errante de la naturaleza, con un anhelo de guerra innato y un valor y resistencia no superados probablemente por pueblo alguno, y una astucia incalculable.

20 Vid. la descripción en M^a del Carmen VELÁZQUEZ: "Los apaches y su leyenda". *Historia Mexicana* (México); n^o4 (1.974); pp. 162 y 163.

21 Vid. M^a Carmen VELÁZQUEZ: *Tres estudios sobre las Provincias Internas de Nueva España*. El Colegio de México. México. 1.979; pp. 100 y 101 y también *Los apaches...*(20); p. 170.

22 Vid. VELÁZQUEZ: *Los apaches...*(20); pp. 164 y 165.

costumbres, usos y gustos; su conocimiento de los apaches era profundo: su alimentación consistía en carne, frutas silvestres y algo de maíz, calabaza y frijol (que producían en sus rancherías); eran astutos, desconfiados, inconstantes, atrevidos, soberbios y celosos de su libertad; vivían en las sierras más escarpadas y montuosas; la cacería era escuela para los niños, pues se hacían muy diestros en su puntería, así como en ardides y cautelas; los apaches atacaban buscando una ventaja y si no la conseguían huían; cuando se sabían perseguidos por gentes sagaces, se dividían en pequeñas partidas, huyendo por diferentes rumbos; levantaban sus campamentos y se alejaban con enorme rapidez²³. Ante los asaltos apaches, los indios pacíficos y débiles buscaban protección junto a los presidios y villas españolas, pues las misiones, los pueblos e incluso los presidios, eran claro objetivo de las incursiones depredatorias, por la posibilidad de obtener allí caballos, mulas, ganado -esenciales para el modo de vida apache-, ropa y cautivos. Normalmente, los apaches comenzaban sus ataques cuando la necesidad les obligaba a robar para comer, pero también actuaban cuando la codicia les empujaba a adquirir los bienes que deseaban. No siempre respetaban las paces, que solían aprovechar los españoles para fomentar las desavenencias entre las diversas parcialidades y el odio de otros indios, pues la seguridad de las Provincias Internas dependía de la sujeción voluntaria o forzosa de los apaches, o de su total exterminio. El propio Gálvez reconocía que los apaches no habían recibido beneficios de los españoles y sí agravios: a veces, guerreaban en represalia a las promesas rotas y las tiranías sufridas (los españoles destrozaban sus sembrados de maíz y otras semillas), otras por utilidad, robando ganado necesario para su sustento; en su reflexión, Gálvez consideraba a los apaches como los indios más aptos para la guerra y comparaba sus métodos con los de los españoles, proponiendo medidas razonadas y rigurosas para superarlos²⁴.

Los apaches controlaban los puntos estratégicos de los territorios fronterizos de Sonora y Nueva Vizcaya; además, peleaban con entendimiento entre ellos: mezcaleros, carlanes y salineros se comunicaban y auxiliaban en sus hostilidades; los de la Sierra de Gila, divididos en rancherías móviles, sembraban y cosechaban mezcales en los llanos, hostilizando desde allí a los pueblos de Sonora; desde su principal bastión defensivo en la Sierra de Chiricahua atacaban los llanos de Baraca y Babícora, la Tarahumara Alta y Chihuahua, llegando hasta El Paso; los gileños se unían a los natagees (mezcaleros) para atacar las poblaciones de Nuevo México y siguiendo el curso del río Bravo (Grande), pasaban por El Paso, para caer sobre los pueblos de Chihuahua y Coahuila; los mis-

²³ Vid. VELÁZQUEZ: *Los apaches...*(20), pp. 166-169.

²⁴ Vid. VELÁZQUEZ: *Los apaches...*(20), p. 166.

mos natagees, lipanes y salineros se internaban en Nueva Vizcaya y Coahuila, buscando refugio en el Bolsón de Mapimí tras sus correrías²⁵. Por añadidura, los apaches eran los indios más temibles; valientes e intrépidos, peleaban hasta vencer o morir. Era preciso organizar una campaña general, para asegurar la frontera, pero la escasa popularidad del servicio en la milicia, el insuficiente número de soldados y su corta preparación, no auguraban un resultado satisfactorio²⁶. El primer Comandante Inspector de los presidios internos, Hugo O'Connor, dirigió dos campañas, batiendo las sierras de Mimbres y Mogollón en 1.775 y 1.776, siendo apoyado por el entonces gobernador de Coahuila, Jacobo de Ugarte y Loyola -ya veterano²⁷- quien, además de participar en la campaña, inspeccionó las nuevas fábricas de los presidios, mereciendo los elogios de O'Connor²⁸. El gobernador de Nuevo México, Juan Bautista Anza, exploró una posible ruta entre el Río Grande y el área gileña de Arizona, consiguiendo enlazar por tierra Sonora y la Alta California, pero como el pretendido avance hacia el Colorado, el país Hopi y las Rocosas, se vio frustrado ante la cortapisa de los enormes desiertos intermedios, y el escaso aprovechamiento de las márgenes del Colorado y el Gila para el asentamiento de poblaciones, se impuso una actitud defensiva; no obstante, Anza estableció diversos pactos con utes, navajos y comanches, para iniciar una guerra global contra los apaches, y si esta opción fallaba, se intentaría romper la unidad apache, fragmentando los diversos grupos con la idea de que lucharan entre ellos²⁹. La estrategia defensiva de O'Connor fue reforzada por Croix, reajustando la línea de presidios, fundando poblaciones en la frontera y supervisando los núcleos indígenas de Sonora y sus asentamientos, para mayor seguridad³⁰. En diciembre de 1.777 se celebraron juntas en Coahuila sobre la

25 Vid. VELÁZQUEZ: *Tres estudios...*(21), pp. 106-112 y MOORHEAD (18).

26 Vid. Mg del Carmen VELÁZQUEZ: *El estado de guerra en Nueva España (1.760-1.808)*. El Colegio de México. México. 1.950. La autora comenta que la falta de costumbre de una prestación militar dificultó la organización de los primeros cuerpos de tropa; además, las campañas contra los apaches, más que el esfuerzo guerrero, exigían astucia y fortaleza física, para afrontar los ataques inesperados e intermitentes. En 1.780, el ejército miliciano no alcanzaba aún los 8.000 soldados y tanto la falta de oficiales españoles, como las penurias económicas, impedían un adiestramiento adecuado de la tropa; vid.pp.92,125 y 231.

27 Según la misiva del virrey Bucareli a Arriaga del 27-V-1.774 estaba achacoso. Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez...*(7); p. 272.

28 Este resaltó, en carta a Bucareli, la amabilidad, docilidad, honradez y el desinterés de Ugarte, señalando su pobreza. NAVARRO: *Don José de Gálvez...*(7); pp. 271 y 272.

29 Vid. NAVARRO: *El Norte de Nueva España...*(8), p.28 y Donald CUTTER; *España en Nuevo México*. EI.Mapfre. Madrid. 1.992; p. 171.

30 No olvidemos que apenas unas décadas antes se había producido la sublevación yaqui que indicaba la notable escisión que había en la sociedad hispano-india de Sonora y Sinaloa. Sobre el particular, vid. Luis NAVARRO GARCÍA: "La sublevación yaqui de 1.740". *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla); vol. XXII (1965): pp. 373-531.

situación de la provincia, decidiéndose que debía emprenderse una campaña general contra los lipanes y mezcaleros, con una fuerza de 3.000 hombres, pues los apaches de las sierras de Enmedio, Blanca, Sacramento, Petaca y Organos, se habían situado a orillas del Río Grande, tras ser expulsados de sus tierras por los comanches. Para analizar el problema, hubo nuevas juntas en Chihuahua en junio de 1.778: se calculaba en más de 5.000 el número de guerreros apaches, con el doble de mujeres que los auxiliaban eficazmente en sus correrías; como eran enemigos de los comanches y otros indios, convenía conservar la alianza de estas tribus contra los apaches³¹.

En la frontera, las opiniones estaban divididas, pues abundaban los militares, civiles y misioneros que, cansados de tratar con indios bravos y casi siempre hostiles -la lucha ancestral por la supervivencia era vista por los españoles como un signo de rebeldía-, proponían el exterminio de los apaches, pero en la Corte optaron por un método de conciliación y disciplina, como aconsejaban otros religiosos, algunos militares (especialmente Cordero), y muchos españoles de la frontera, hombres recios y baqueanos que sacaban provecho de su contacto con los apaches, comerciando con pieles, armas de fuego y esclavos, con buenas ganancias³². Así pues, se apeló a la dependencia comercial, para controlar a los apaches y quebrar su resistencia: se les comprarían pieles, carne y frutas silvestres, a cambio de artículos de metal, telas y armas de fuego anticuadas³³. La nueva política de pacificación comenzó a rendir algunos resultados modestos: Ugarte tomó posesión del mando de Sonora en junio de 1.779 y, pocos meses antes, algunos apaches solicitaron la paz en Nueva Vizcaya: se trataba de unos cuantos mezcaleros, capitaneados por Patule; por primera vez, un grupo apache pactaba seriamente una paz en aquel territorio; fueron establecidos con los julimeños y los sumas de El Paso. Sin embargo, los apaches eran inconstantes y en el grupo de Patule cada cabecilla actuaba con independencia. Los mezcaleros asentados se ausentaron tras sufrir una epidemia de viruelas y perder la cosecha por una crecida del río. Por añadidura, la tranquilidad fue bruscamente alterada cuando, en diciembre de 1.780, entraron los comanches por primera vez en Coahuila.

La situación se complicó notablemente en julio de 1.781, justo cuando empezaban a concertarse las paces con los gileños, pues los mezcaleros que se habían establecido antes junto a los indios aliados de los españoles, apremiados por la falta de carne, comenzaron con sus robos y hostilidades en Coahuila. El ultimátum español no arregló nada,

³¹ Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez... (7)*; pp. 295-308. ³

² Vid. VELÁZQUEZ; *Los apaches... (20)*; p. 171.

³ Vid. CUTTER (29); p. 171.

pues en octubre desertaron los natagees que habían permanecido fieles a la alianza; como consecuencia, la evidente inseguridad en la parte oriental y al interior de Nueva Vizcaya, provocó un aluvión de problemas. Las campañas de Ugalde de noviembre-enero de 1.781 y marzo-mayo de 1.782 permitieron contener a los apaches; Patule se entregó y en septiembre-octubre fue batida la Sierra de San Cristóbal³⁴. Sin embargo, la alianza de gileños y chiricahuas con los navajos, desencadenó continuos acosos en la parte occidental, justo cuanto Teodore de Croix, como Comandante General, había conseguido pacificar a los apaches orientales. Fue entonces cuando Anza intentó conseguir una comunicación directa entre Santa Fe y Arizpe, pasando por San Cristóbal, descendiendo por el Río Grande y atravesando las sierras de Mogollón y Mimbres -en busca de un paso- para cruzar el Gila y enfilar hacia Arizpe³⁵. Esta ciudad -en origen un pueblo de indios ópatas- no gustaba a Croix como capital de la Comandancia, pues pensaba que era tan difícil gobernar las provincias fronterizas desde Sonora como desde México³⁶.

Ante la constante presión sobre la frontera de Sonora, a finales de 1.783 se organizó la primera campaña general contra los apaches occidentales: durante los siguientes meses, los gileños fueron combatidos en los diversos montes y sierras (Ánimas, Burro, Chiricahua, Hacha y Mimbres), pero la victoria no fue contundente. Resultaba evidente la dificultad de gobernar un territorio tan extenso con una sola persona y además, era hartamente problemático guerrear defensiva y ofensivamente contra los indios rebeldes³⁷, en ese inmenso donde no había caminos y sí muchas sierras y llanos desconocidos; por añadidura, las poblaciones estaban muy distantes entre sí y la creación de nuevos puestos no fue lo suficientemente amplia (en 1.784 se erigieron dos presidios de ópatas en Vavispe y Bacuachi)³⁸. Era preciso disponer medidas más eficaces, pues entre finales de 1.785 y comienzos de 1.786, se recrudecieron los asaltos, robos y combates en la zona de Janos, llegando las escaramuzas hasta Parras en el límite sur del Bolsón. Por entonces estaba a punto de

34 Fue destruida la rancharía de Bigotes (hermano de Patule), quien murió en el asalto. Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez... (7)*; pp. 374-378.

35 Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez... (7)*; pp. 385-389.

36 Además la Comandancia incluía, en su demarcación, las provincias de Nuevo México, Coahuila y Texas, cuando tal hecho no había sido previsto. Vid. NAVARRO: *La Gobernación... (15)*; p. 124.

37 Cordero ya señaló la agilidad y ligereza de los apaches -especialmente asombrosa en los terrenos escarpados y pedregosos-, la eficacia de su sistema de vigilancia, su capacidad para comunicarse con rapidez y exactitud (mediante señales de humo), su habilidad para reconocer rastros y su ferocidad en el combate, peleando si era preciso hasta el agotamiento y prefiriendo la muerte a la rendición; vid. VELÁZQUEZ: *Los apaches... (20)*; pp. 166-169.

38 Vid. VELÁZQUEZ: "La Comandancia General de las Provincias Internas". *Historia Mexicana (México)*; n°106 (1.977); pp. 165 y 166; también, *Tres estudios... (21)*; p. 102.

producirse un gran cambio en la política española en el septentrión: Bernardo de Gálvez volvía a México, pero ahora en calidad de Virrey, y proponía a Ugarte -que desempeñaba el gobierno de Puebla y había solicitado insistentemente un empleo mejor retribuido- para regir la Comandancia General. Teniendo en cuenta su experiencia novohispana, el Marqués de Sonora subordinaba la actuación del Comandante General a la del Virrey, su propio sobrino, el Conde de Gálvez; por ello en octubre de 1.785 sancionó el Rey el nombramiento de Ugarte, quien dependería en lo militar, económico y político de Gálvez. Ugarte fue llamado a consultas a México, recibiendo su instrucción de gobierno en agosto de 1.786, por la cual se le encargaba que procurara conseguir la subordinación económica de los indios hostiles, para asegurar la paz, aunque fuera inestable, y evitar así los sobresaltos y enfrentamientos bélicos; sólo ejercería las funciones militares y expediría los libramientos acostumbrados, desentendiéndose de los asuntos políticos, de vicepatronato y Superintendencia, que desempeñarían gobernadores e intendentes. Como subalternos de Ugarte actuarían el Comandante Inspector José Antonio Rengel y el Coronel de Infantería, Juan Ugalde. Ugarte se encargaría de las provincias de Sonora y Californias, Rengel de Nueva Vizcaya y Nuevo México, y Ugalde de Texas y Coahuila³⁹.

Respecto a los medios adecuados para obtener la paz en la frontera, Gálvez ordenó una guerra continua en cada ranchería levantisca, para intimidar a los indios, ofreciendo luego la paz, pues comprendía que las campañas generales darían modestos resultados, debido a las seguridades y ventajas con que los apaches practicaban la guerra; además, aplicó la experiencia de su etapa como gobernador en Luisiana, aconsejando que se procurara atraer a los indios hostiles mediante dádivas cuando firmaran la paz y con actividades mercantiles, vendiéndoles ganado, ropas, algunas armas de fuego viejas o defectuosas y bebidas alcohólicas, para provocar su dependencia de los españoles; los apaches solían romper los tratados y para minar sus fuerzas era preciso dividirlos, creando disensiones entre los diversos grupos". La cuestión de la venta de armas de fuego fue conflictiva, pero el Virrey consideraba que sería positiva, pues agudizaría la dependencia indígena en el suministro de fusiles, pólvora y municiones para la guerra y las actividades de caza, pudiendo proporcionar dichos artículos los españoles, según su conveniencia.

³⁹ Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez...*(7); pp. 450-453 y *La Gobernación...*(15); p. 133; también VELÁZQUEZ: *La Comandancia...* (38); p. 169.

⁴⁰ Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez...*(7); p. 453; VELÁZQUEZ: *Tres estudios...*(21); p. 114 e Iris ENGSTRAND: *Arizona Hispánica*. Ed. Mapfre. Madrid. 1.992; p. 238.

En Sonora y Nueva Vizcaya mejoró la situación en la frontera con las campañas hacia el Gila; como consecuencia, los gileños empezaron a solicitar la paz: así, los de la Sierra Peñascosa se instalaron en Bacuachi. Entretanto, en Nuevo México, Anza trataba de separar a navajos y gileños, y atraer a utes y comanches. Desde que se inició la nueva política india, aumentó el número de prisioneros apaches, debatiéndose la cuestión del trato que debían recibir, así como su conversión al cristianismo⁴¹. Ugarte pensaba ya en una pronta tranquilidad y prosperidad de la frontera, cuando recibió la noticia del fallecimiento de Gálvez, a finales de 1.786. Al asumir el mando del virreinato Antonio Flórez, con las mismas prerrogativas que su antecesor sobre las Provincias Internas, por decreto de diciembre de 1.787, reorganizó el territorio, con la división en dos de la antigua Comandancia: la occidental o de Poniente (Californias, Sonora, Nueva Vizcaya y Nuevo México) bajo el gobierno de Ugarte, y la de Oriente (Coahuila, Texas y Nuevo Reino de León, con Saltillo y Parras), al mando de Ugalde y con carácter puramente militar; el límite entre ambas comandancias sería el río Aguanaval⁴². Ugarte, que se había instalado en Arizpe, estuvo sólo unos meses, pues Flórez estipuló que el Comandante no tuviera residencia fija, si bien aconsejaba establecer la sede de gobierno en Chihuahua, por ser un foco de constante rebeldía indígena. En cualquier caso, debía haber correspondencia y acuerdo entre ambos comandantes para dirigir las operaciones militares⁴³.

Hostigados por los comanches, los apaches se concentraron sobre una amplia faja, estrecha y discontinua, paralela a los establecimientos fronterizos españoles: recurrían a los robos con frecuencia y arriesgaban la vida, para asegurar su subsistencia. En marzo de 1.787 un grupo de gileños abandonó Bacuachi, mientras los mimbrenos trataban paces en Janos y los mezcaleros en el presidio del Norte. En Nuevo México, Fernando de la Concha, sustituto de Anza, actuó de acuerdo con Ugarte y mantuvo estable la amistad hispano-jicarilla⁴⁴.

Veamos a continuación la actuación de Ugarte en ese año y su política indígena. Partiendo de Janos, de camino a Arizpe se detuvo en Ba-

4 1 La enconada oposición provocó que muchos fueran objeto de desmanes y abusos: castigos corporales, deportación y esclavitud; por su parte, los misioneros intentaron alojarlos en hogares particulares, entre familias acomodadas. Vid. VELÁZQUEZ: *Los apaches...*(20): pp. 171 y 172 y ENGSTRAND (40); p. 253.

4 2 Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez...*(7); p. 429; VELÁZQUEZ: *La Comandancia...*(38); pp. 171-172; también José Antonio CALDERÓN QUIJANO: *Los virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos IV (1.787-1.798)*. Tomo I de Virreyes de Nueva España. E.E.H.A. Vol. CCIII. Sevilla. 1.792; pp. 73-74.

43 Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez...*(7); p. 462 y *La Gobernación...*(15); p. 124.

4 4 CUTTER (29); p. 173, afirma que, por ser apaches atípicos, los jicarillas recibieron protección española.

cuachi, para infundir tranquilidad a los apaches asentados, recelosos ante la huida de algunos compañeros y el movimiento de tropas; pese a ello, el número de indios establecidos allí ascendía a 251 personas⁴⁵, con lo que había unas perspectivas razonables de pacificación y asimilación progresiva de los apaches, máxime teniendo en cuenta que algunos habían sido bautizados⁴⁶. Ugarte mostraba su preocupación por la desconfianza de los indios y las relaciones pretéritas, "por lo fáciles que son a la impresión ... especialmente cuando la experiencia propia no les desengaña reiteradamente de nuestra buena fe", y pese al carácter veleidoso e inconstante de los apaches, confiaba en que las paces fueran duraderas y los asentados valoraran las ventajas que les reportaría la amistad hispana; el objetivo inmediato consistía en "ir estableciendo los indios, de manera que puedan subsistir por sí ... por lo que respecta a los que se hallan en Bacuachi"⁴⁷.

Mientras, en el presidio de Janos, Cordero se valía de su experiencia y conocimiento de los apaches, para tratar con los emisarios de los principales cabecillas mimbrenos -el Zurdo y Natanijú-, que se habían mostrado dispuestos a asentarse en el Valle de San Buenaventura o el Paso del Norte. Cordero recibió a algunos enviados, tratándolos con tacto, obsequiándolos y entregándoles regalos para sus jefes; incluso superó con habilidad la fuga de un grupo, provocada por la desconfianza y consiguió atraer a otros; los de la rancharía del Zurdo, que seguían recelosos, enviaron a un brujo, "un indio mayor llamado Yegonglijin", para que examinara al jefe español y averiguara si sus intenciones eran rectas; Cordero le invitó a que los suyos siguieran el ejemplo de algunos chirichuas, amigos ya de los españoles y, tras los sortilegios correspondientes, el hechicero manifestó que los españoles deseaban realmente la paz y así se lo diría a los suyos". Por su parte, Domingo Díaz, en el presidio del Norte, había recibido instrucciones y poderes de Ugarte, para tratar con los mezcaleros, de quienes era conocido. Díaz calculaba

45 ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS; Guerra Moderna; Ieg.6.952, exp.5, nº1 (en lo sucesivo A. G.S; G.M.); se trata del padrón de los apaches establecidos (74 hombres, 68 mujeres, 60 niños y 49 niñas) elaborado por José Jato en Bacuachi, el 30 de marzo de 1.787.

46 A.G.S; G.J. leg.6.952, exp.6,n:2; Copia de las partidas de entierros del franciscano Rafael Beneites, doctrinero de la misión de San Miguel de Bacuachi, de 9-IV-1.787; abarcan seis personas.

47 A.G.S; G.M. leg.6.952,exp.4,nº77. Notificación de Ugarte al Marqués de Sonora sobre el progreso de las negociaciones entabladas en Sonora y Nueva Vizcaya con gileños y mezcaleros, fechada en Arizpe el 16-IV-1.787.

48 A.G.S; G.M. leg.6.952,exp.7,n:3. Diario de novedades del presidio de Janos, desde el 22 de marzo hasta final de mes firmado por Cordero el 1-IV-1.787. Comentaba que el brujo comenzó a "hacer tales gestos y ridículos ademanes que no dejaban duda de estar poseído de algún maligno espíritu, hablando entre sí cosas que ni los intérpretes lo entendían, y últimamente vino a parar en decir que conocía que yo y los españoles estaban ahora buenos, y que podían fiarse de ellos los apache?".

en 3.000 el número de individuos de esta parcialidad, informando que ocho jefes habían instalado sus rancherías en las inmediaciones del presidio (Alegre, Ligerero, Patule⁴⁹, Zapato Tuerto, El Quemado, Montera Blanca, Cuerno Verde y Bigotes el Bermejo) y esperaban en breve a otros dos (el Calvo y Natajé), cuyos grupos se hallaban en la Sierra de Guadalupe y los Arenales. Los primeros contactos habían sido fructíferos y estos mezcaleros dijeron que se comprometían a impedir que los gileños se infiltraran por allí, hostilizando en los terrenos del bolsón de Mapimí. Díaz manifestaba a Ugarte su preocupación por la situación crítica de los asentados, "así por el corto número que tienen de caballadas, como porque la escasez de las lluvias de estos años pasados no les ha proporcionado la cosecha de sus frutas de que parte del año se mantienen"; en esa tesitura, decidió socorrerlos, "pues de lo contrario se verían precisados de la necesidad a cometer varios robos en los bienes de estos vecindarios"; también lamentaba Díaz el negativo recuerdo que tenían algunos mezcaleros de las paces acordadas en 1.779, por "el inicuo trato que se tuvo con ellos en este presidio", lo cual dificultaba la elaboración del padrón, pues se mostraban temerosos y desconfiados. Se quejaba Díaz de la actitud belicosa de Ugalde, pidiendo que se abstuviera de hostilizar a los indios, mientras no dieran motivos para lo contrario; igualmente, solicitaba que le enviaran los prisioneros mezcaleros y aconsejaba que se obsequiara a cada jefe con dos caballos, pues los apreciaban mucho; por último, los indios solicitaban el traslado allí del alférez Ventura Montes (que servía en la compañía volante del Pilar de Conchos), pues les había auxiliado en otras ocasiones, en que sufrieron las correrías de "los de su propia nación"⁵⁰. Este detalle es muy revelador, ya que si por un lado indica el individualismo y el grado de independencia que los grupos apaches mostraban entre sí, por otro permite observar que la política española de escisión y enfrentamiento entre las diversas facciones comenzaba a dar sus frutos.

Ugarte se quejó ante Gálvez de la torpe actitud de Ugalde, que con su campaña en el Bolsón de Mapimí y su acoso a los mezcaleros, hacía peligrar las arduas y laboriosas negociaciones de paz; ello acontecía cuando Rengel trataba de trasladar a los mezcaleros al pueblo abandonado de los Tiburcios (cerca de El Paso) y también en San Eleazario y San Buenaventura se establecían paces⁵¹. Mientras Ugarte pensaba en un establecimiento más adecuado para los indios de Bacuachi, el número de

49 Alegre y Patule formaban parte del grupo que, en su día, se estableció en El Paso. Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez... (7)*; p.341.

50 A.G.S; G.M. leg.6.952; exp.8 ,nº4. Copia del oficio de Díaz de Ugarte, fechado en el Presidio del Norte el 29-111-1.787; vid. también los comentarios de Ugarte en (47) y NAVARRO: *Don José de Gálvez... (7)*; p. 459.

51 Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez... (7)*; p .459.

los fugados de esa plaza disminuía constantemente, creciendo el de los mimbrenos establecidos en San Buenaventura. Un grupo de éstos, que defendía la opción guerrera, provocó algunos asesinatos, dándose a la fuga. Con el apoyo de Vergara y Cordero, Ugarte organizó una rápida campaña de efecto fulminante, batiendo las sierras del Cobre y los Mimbres; así durante unos meses quedó garantizada la paz en Sonora y Nueva Vizcaya⁵². Por otro lado, en Nuevo México hubo una campaña contra los mezcaleros de la Sierra Blanca en octubre, aprovechándose la amistad de los jicarillas, quienes participaron en las operaciones militares junto a soldados del presidio de Santa Fe; luego se intentó imponer la paz, asegurando que no habría más ataques de españoles e indios aliados hacia los apaches: la idea era observar una tregua de seis meses, que los jefes debían aprovechar para visitar Santa Fe y sancionar el acuerdo. El esfuerzo realizado no obtuvo recompensa, pues las relaciones mutuas nunca fueron satisfactorias y, si bien hubo períodos de tranquilidad, la guerra se mantuvo latente frente a los gileños, faraones, natagees, lipijuanes y lipanes⁵³.

La paz no se había consolidado en el Septentrión, porque distaba mucho de ser aceptada por todos los grupos apaches y, a finales de ese año (1.787), el Intendente Felipe Díaz de Ortega se quejaba ante Antonio Valdés y Bazán -sucesor de Gálvez en el ahora dividido ministerio de Indias-, de los destrozos, robos y muertes causados por las incursiones de los apaches, en la jurisdicción de Durango⁵⁴, aportando testimonios de varios militares y particulares. Los efectos negativos del paso de los indios fueron sufridos, durante los meses de septiembre a noviembre, en los partidos de Chihuahua, San Buenaventura del oro, Ciénaga de los Olivos, Guapapaya, Cosiguriachi, Parral y Santa Bárbara; ante los repetidos asaltos, los vecinos estaban descorazonados, procediendo al abandono de haciendas, ranchos, estancias, minas y pueblos, pues los apaches mataron a 29 personas, "casi todas a sangre fría ... a nadie perdonan y ejecutan las muertes con tal inhumanidad, que tienen tan conternados y medrosos a todos los habitantes, que van dejando en casi general despueble esta riquísima provincia"; además, cada vez se acercaban más a los presidios en sus correrías, llegando a atacar a pequeños grupos de tropa y consiguiendo algún botín, hecho que aumentó el miedo de los habitantes y la osadía de los indios. Como la mayor parte de las expediciones de rapiña eran ejecutadas por cuadrillas de mezcaleros, los españoles se quejaban, alegando que eran de los asentados en el Presidio

⁵² *Ibidem*, p. 459.

⁵³ *Vid.* CUTTER (29); pp. 173-175.

⁵⁴ A.G.S ;G.M. leg.6.952, exp.205. Notificación de Ortega a Valdés, fechada en Durango el 6-XII-1.787.

del Norte y actuaban con astucia y doblez, valiéndose de la paz. Evidentemente muy sensibilizados ante este problema, mostraban los españoles su desconocimiento de las costumbres y mentalidad apaches, no concibiendo que incluso en una gentilidad determinada cada grupo actuara con independencia, sin sujetarse a una autoridad superior ni reconocer compromisos adquiridos por otros. Los asaltos se ejecutaban casi siempre con la misma técnica e idénticas miras: grupos reducidos de apaches, con gran movilidad, atacaban por sorpresa objetivos concretos, desprotegidos -por su lejanía, escasa población o en momentos en que los trabajadores debían ausentarse-, cayendo con gran rapidez, a veces durante la noche, en busca de caballos, bestias de carga y reses, que abandonaban cuando su traslado impedía una rápida huida, en el caso de saberse perseguidos⁵⁵. Además, la astucia y sagacidad de los indios, junto a su notable conocimiento del medio físico donde se desenvolvían, les daba ventaja en algunas ocasiones en que el contacto con los soldados españoles y el combate parecían inevitables; sirva de ejemplo el informe de Manuel Rodríguez al intendente Ortega, sobre un asalto en la hacienda de Tierrablanca, siendo los cuatro autores perseguidos -tras encontrarse sus huellas- por un destacamento del presidio de Goajoquilla (quince hombres al mando del sargento Nicolás Tarín), hasta una sierra donde "no pudiendo subir la tropa a caballo, mandó el sargento echar pie a tierra a los once y que quedasen cuatro en la caballada ... y habiendo logrado los doce coronar la sierra, salió una emboscada como de 40 indios que embistiendo a los cuatro de la caballada, hiriendo a uno y ahuyentando los cuatro ... se hicieron dueños de caballos, sillas y despojos de la tropa, sin que ésta pudiese operar por la distancia y aspereza del terreno, viéndose precisada a regresar a pie hasta el presidio"⁵⁶. Otras veces, los apaches atacaban con tal ímpetu y arrojo que, aún siendo numéricamente inferiores, amedrentaban a sus adversarios; el propio Rodríguez deploró tal hecho, denunciando que en la Sierra de Barajas, la retaguardia de un convoy de setenta hombres que transportaba semillas y bastimentos, fue atacada por dieciséis indios, que mataron a dos mozos, ahuyentaron a otros dos y se llevaron las mulas "a vista y paciencia de tantos hombres que suspensos estuvieron mirando la tragedia"⁵⁷. Los testimonios sobre la gama de ardides empleados por los indios eran variados: división en pequeños grupos cuando se les perseguía de cerca,

⁵⁵ Vid. los diversos episodios en A.G.S; G.M. leg.6.952, exp.207 a 217; informes de septiembre a noviembre de 1.787.

⁵⁶ A.G.S; G.M. leg.6.952, exp.210, n²4. Notificación de Rodríguez a Ortega fechada en Parral el 10-XI-1.787.

⁵⁷ *Ibidem*. Rodríguez no ocultaba su contrariedad ante la cobardía de aquellos individuos.

"desparramando la huella"⁵⁸; dejar pequeños retenes que, manteniéndose a vista de los españoles les obligaban -en su persecución- a ir por terrenos fragosos hasta escabullirse valiéndose de su mayor movilidad⁵⁹; disfrazarse con la ropa de algunos muertos españoles para engañar a otros en sus asaltos⁶⁰; además, solían acampar en ásperas sierras, desde las que caían rápidamente sobre sus objetivos⁶¹. Las quejas contra las correrías apaches eran unánimes, señalando los españoles sus continuos hostigamientos: "sin que pase tercer día nos hostilizan, no dejándonos tiempo a salvo para diligencia alguna y tan sin temor como si estuviesen en su propia casa, pues viven con el seguro de que pocas ocasiones hay proporción de socorro"⁶², y haciendo hincapié en su indefensión: "todo está abandonado por la opresión de los enemigos y el poco auxilio que tenemos, pues pocos han de contar que se les haya dado auxilio en cuanto les han llevado los enemigos"⁶³. El hacendado José Alejandro Rico expuso a Ortega que, para escarmentar a los apaches, él propuso una campaña a su cuenta (víveres, municiones, caballos), pero la mayoría de los voluntarios eran milicianos y sus jefes no les permitieron enrolarse; también procuró el establecimiento de vecinos, para asegurar la frontera, ofreciendo tierras, bueyes y aperos, con la única contrapartida de acompañarle en las cabalgadas, pero la gente estaba tan medrosa que nadie quiso participar⁶⁴. Ignacio García de Herrera consideraba que la prevista campaña de Rico era justa y necesaria, pero convenía llevarla con disimulo; no debía exceder de la línea de presidios y sería deseable no incomodar a los indios pacíficos, obligándolos a realizar prestaciones militares⁶⁵. Por último, aludían los hacendados al triste destino que aguardaba a los cautivos, pues normalmente eran sometidos a tortura⁶⁶.

Apenas un mes después, al comenzar el año 1.788, insistió el intendente Ortega en sus quejas a Valdés sobre los últimos destrozos cau-

58 A.G.S; G.M. leg.6.952, exp.212, n.º6. Oficio de José Antonio de Loya a Ortega sobre las correrías apaches; Valle de Ciénaga,30-X-1.787.

59 Ibidem.

60 Ibidem

61 A.G.S; G.M. leg.6.952, exp.216, n.º10. Oficio de Francisco Martínez Escudero a Ortega, sobre los movimientos de los apaches en su jurisdicción, fechado en Guanaceví el 31-XI-1.787.

62 A.G.S; G.M. leg.6.952, exp.217, n.º11. Carta de José Alejandro Rico a Ortega sobre los problemas ocasionados por los apaches en su rancho; San José de Sacramento, 21-XI-1.787.

63 Ibidem. Apunte de los ranchos estancias y labores despobladas por la opresión de los bárbaros apaches en las inmediaciones de Chihuahua.

64 Ibidem. Carta de Rico a Ortega del 21-XI-1.787.

65 Ibidem. Carta de Herrera a Rico fechada en Chihuahua el 30-VII-1.787.

66 Ibidem. Apunte de los ranchos, estancias y labores...

sados por los apaches, pidiendo una solución al problema⁶⁷. En la Corte se dictaminó que debía informarse al Virrey de todo lo sucedido, para que éste tomara las medidas oportunas. Por entonces, la visión de Flores sobre los asuntos de la frontera no podía ser nítida -como señala Navarro- ante la oposición de los informes que recibía de Ugarte y Ugalde⁶⁸; por ello, a mediados del año, el Virrey cometió el error de inclinarse por la opción bélica, siguiendo el criterio de Ugalde. Previendo que la situación en la frontera se deterioraría rápidamente, se opuso Ugarte a las reformas de Flórez -que imposibilitaban cualquier plan general de pacificación, con el consiguiente perjuicio para las vidas y haciendas de los españoles-, lamentando la parcialidad del Virrey en favor de Ugalde⁶⁹. Las operaciones militares continuaron, pero las victorias españolas sobre los apaches fueron en aquel año muy costosas; incluso fracasó una expedición punitiva dirigida contra gileños y mimbrenos⁷⁰.

La situación se mantuvo estable durante unos cuantos meses, hasta que en la Corte estudiaron las medidas oportunas para proceder al cambio; de ahí que, en septiembre de 1.789, se designara al segundo Conde de Revillagigedo nuevo virrey de México. En octubre éste se encontraba ya en la capital, dispuesto a dar un giro a la política de su antecesor y, como primera medida, solicitó a Valdés el relevo de Ugarte y Ugalde, pues ambos comandantes eran de edad avanzada, si bien tenía diferente opinión sobre ellos: a Ugalde lo criticaba abiertamente en sus informes y de Ugarte pensaba que, si fuera más joven, resultaría idóneo para el puesto, pues -decía- "si se hallara con la agilidad correspondiente yo no desearía otro, por su acreditado talento, prudencia y celo en el desempeño de esta comisión"; por ello, recomendaba su ascenso a mariscal de campo -Ugarte era brigadier del ejército, empleo que tuvieron normalmente los comandantes generales de las Provincias Internas⁷¹-, acompañado con el traslado a una gobernación más descansada⁷². Ambas sugerencias fueron aceptadas y por R.O. de marzo de 1.790, se destina-

67 A.G.S; G.M. leg.6.953, nº12. Misiva de Ortega a Valdés fechada en Durango 31 2-1-1.788. Acompañaba los informes sobre la situación en el partido de Chihuahua; vid. 013, 14 y 15: Noticia de los sucesos acaecidos por los indios enemigos en la jurisdicción de este corregimiento...

68 En palabras de NAVARRO: *Don José de Gálvez...*(7); p. 463, el levantamiento de los apaches de Bacuachi, la reanudación de las expediciones punitivas al Gila, le hacían ver como fracasada la paz intentada en Sonora.

69 Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez...*(7); p. 467.

70 Vid. ENGSTRAND (41); p.242 y CUTTER (29); p. 175.

71 Vid. NAVARRO: *La Gobernación...*(15); p. 133.

72 Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez...*(7), p. 473 y CALDERÓN QUIJANO (42), p. 328.

ba a Ugarte a Guadalajara como gobernador⁷³, sancionando el ascenso a mariscal y el nombramiento de Pedro de Nava como su sucesor⁷⁴. También solicitó Revillagigedo la reunificación de la Comandancia, con una dependencia absoluta del Virrey, plan que recibió en septiembre de 1.792 la sanción real: la fusión implicaba el funcionamiento de una nueva entidad, con cinco provincias: Sonora, Nueva Vizcaya, Nuevo México, Texas y Coahuila; la capital, como residencia oficial del Comandante, sería Chihuahua⁷⁵.

Entretanto, las operaciones bélicas habían continuado en 1.789 y, tras unas fuertes campañas militares, el siguiente año firmaron los apaches del sur de Nuevo México un tratado que duró hasta 1.794⁷⁶. Aunque Ugarte ya no pudo verlo, la continuación de su política conciliadora comenzó a dar sus frutos en la frontera de la parte occidental de las Provincias Internas en enero de 1.793, cuando un grupo de apaches arivaipas llegó al presidio de Tucson, para establecerse pacíficamente en sus inmediaciones; después de algunas partidas reducidas de chiricahuas, fueron los primeros apaches de Arizona que aceptaron las condiciones españolas; su jefe, Nautilnice, se presentó con 107 individuos⁷⁷. La paciencia y el tacto de Ugarte permitieron ese esperanzador resultado: él y sus colaboradores habían indicado el camino a seguir...

73 NAVARRO: *La Gobernación...*(15); p. 141. Indica que la sucesión era uno de los puntos débiles de la estructura institucional de la Comandancia, pues no se determinó una previsión en el mando.

74 Vid. NAVARRO: *Don José de Gálvez...*(7); p. 474 y *La Gobemación...*(15); p. 126.

75 VELÁZQUEZ: *La Comandancia...*(38); p. 173 y NAVARRO: *La Gobemación...*(15); p. 125.

76 Vid. CUTTER (29); pp. 176 y 177.

77 Vid. ENGSTRAND (40); p. 244.